

## La Facultad de Teología en el Jubileo de la Misericordia<sup>1</sup>

*“Yo he venido para que... tengan Vida,  
y la tengan en abundancia” (Jn 10,10)*

1. La celebración del Centenario y de los cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, constituyó un momento importante en la historia de nuestra Facultad. Dicha celebración, que tuvo su epicentro eclesial y académico en el Congreso internacional que realizamos en el mes de septiembre, nos brindó la oportunidad de unir un acontecimiento de la Iglesia local con uno de la Iglesia universal, unión que destacó muy positivamente el Papa Francisco en el mensaje que nos enviara y que escuchamos en el cierre del Congreso. El presente año 2016 estará también signado por varios hechos relevantes, de diversa índole: el Bicentenario patrio, el Congreso Eucarístico, el Congreso de *Teologanda*, el Congreso de Alalite, la Evaluación institucional, la reacreditación ante la CONEAU de nuestro doctorado, y el posible inicio de la Especialización en Doctrina Social de la Iglesia. Pero el acontecimiento central, que inspirará *teologalmente* la vida de nuestra Facultad a lo largo del presente año lo constituye sin duda el llamado de Francisco a celebrar un Jubileo consagrado a la Misericordia. Y creo no equivocarme al afirmar que su invitación encontrará amplio eco en el corazón y la mente de todos y cada uno de los que integramos esta comunidad educativa eclesial: profesores, alumnos, administrativos y directivos. Todos estamos convocados a vivir algo muy hermoso y decisivo, a saber, animarnos y arriesgarnos a buscar juntos, impulsados por el Espíritu, una más rica experiencia y una más

1. *Lectio brevis*, pronunciada con motivo de la apertura del año académico 2016.

lúcida comprensión de aquello inefable que señala la palabra “misericordia”, y que es el nombre mismo de Dios.<sup>2</sup>

El anhelo que nos puede guiar en este Jubileo sería entonces el de redescubrir, juntos, toda la riqueza de la misericordia, dejándonos sorprender por ella. Y desear que esta sorpresa ocurra ante todo contemplando su Fuente, es decir, a Dios, ya que la misericordia es su Nombre, como lo reveló a Moisés: “Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira, y pródigo en amor y fidelidad” (Ex 34,6). Enfocando allí, en el misterio divino, nuestra atención, empezamos recordando, tal como nos enseña Santo Tomás en una idea que cité en la *lectio* del año pasado, que “no sabemos en qué consiste Dios” (“*nos non scimus de Deo quid est*”, I<sup>a</sup>, q.2, a.1). Esta bendita ignorancia –bendita porque provocada por el exceso desbordante del *Deus semper maior*– tendrá en la misericordia su realización más plena, ya que ella, la misericordia, es la palabra que, de acuerdo a la Revelación, mejor dice el fondo sin fondo de la divinidad de Dios, es decir, *su ternura eficaz por nosotros, los humanos*. Ese saber-no-sabiendo, tan esencial para que nuestra teología sea verdaderamente tal, podríamos entenderlo con nuestro colega Néstor Corona, diciendo que “nunca terminamos de entender que con Dios entramos en un ámbito que es *otra cosa*, que no hay categoría meramente humana en la que Él entre – a no ser por un exceso que sólo Él puede provocar en nosotros, tal vez para dejarnos mudos...”

En este año jubilar cada uno de nosotros, a partir de su actual experiencia y conocimiento de la misericordia, puede sentirse llamado a encaminarse, como Iglesia, hacia algo nuevo, un “todavía más”, esa “patria mejor” (Heb 11,16) que anhelamos ayudados por el Espíritu (cf. Rm 8,26), esa Tierra definitiva de la Vida en plenitud que, gracias a la fuerza de la Promesa y a la Fidelidad del que promete, atrae nuestra esperanza fundamental hacia “*un no sé qué*”<sup>3</sup> inefable y eminentemente deseable, en el cual la Misericordia se cumplirá de modo definitivo como Resurrección y Vida eterna. Esa plenitud inimaginable se nos puede y se nos quiere anticipar en nuestro hoy, saliéndonos al encuentro –tal vez sorpresivamente– en este Jubileo.

2. *Il nome di Dio è Misericordia. Una conversazione con Andrea Tornielli de Jorge Mario Bergoglio, Papa Francesco*, Milano, Edizioni Piemme Spa, 2016.

3. S. JUAN DE LA CRUZ, *Glosa a lo divino*, en *Vida y Obras de San Juan de la Cruz*, B.A.C., Madrid, 1973, 413.

2. Para avanzar un poco en la percepción y la experiencia de la riqueza sobreabundante de la misericordia, iniciemos nuestro itinerario reflexivo partiendo del texto que nos regaló Francisco el 11 de abril de 2015, la Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, es decir, “*Misericordiae Vultus*” (MV).

Hacia fines del año pasado, en una de las últimas reuniones del Consejo académico de la Facultad, estudiamos posibles actividades en orden a hacer presente en la Facultad el Jubileo de la Misericordia. Los consejeros fueron presentando varias propuestas, las cuales, con la ayuda de Dios, esperamos llevar a la práctica, involucrando la participación activa de profesores y alumnos. Mi aporte en dicha reunión tuvo que ver con la Bula papal, y consistió en proponer una distribución de su contenido entre los diversos Departamentos y disciplinas que estructuran la Facultad, con el fin de asumir y profundizar el texto para ofrecer el fruto de esa reflexión bajo la forma de un curso de extensión lo más abierto posible en cuanto a sus destinatarios. Más que proponer un comentario a la Bula, mi intención es la de hacer pie en ella para recorrer con profundidad teológica, creatividad pastoral y gozo espiritual, los senderos que ella abre en el jardín de la misericordia. Señalé entonces la conveniencia de abordar los n° 1 y 2 tanto desde la Moral teologal como desde la Teología Sistemática (Cristología, Dios), los n° 6 a 9 desde la Sagrada Escritura y la Sistemática (Iglesia), los n° 13 a 15 desde la Teología Espiritual, los n° 16 a 19 desde la Teología Pastoral y también desde la Sistemática (Sacramento de la Reconciliación), los n° 20 y 21 desde la Teología Moral, el n° 22 desde la Historia de la Iglesia, el n° 23 desde el Diálogo interreligioso, y finalmente, el n° 24, desde la Mariología.

Esta manera de abordar la Bula nos permitiría profundizar la misericordia ante todo como objeto *material* de nuestra reflexión, es decir, como una teología *de la misericordia*. Creo que siendo importante, no es suficiente. Este Jubileo nos invita a ir más lejos, tal vez a buscar juntos la manera de hacer de la misericordia el *objeto formal* de nuestro saber teológico, es decir, a inventar una teología *misericordiosa*. Hace dos años propuse, a partir de la imagen del hospital de campaña que usó Francisco, pensar juntos de qué manera podíamos lograr que la luz de la misericordia se refractase en las diversas disciplinas que se cursan en la Facultad. Hoy, a la luz de la centralidad que la misericordia ha adquirido

en el papado de Francisco, y asumiendo a fondo su idea de que “nuestra época es un *kairós* de misericordia”<sup>4</sup>, quisiera dar un paso más en esa dirección y preguntarnos *qué significaría hacer de la misericordia el estilo de nuestro pensamiento teológico*. Con la palabra estilo traduzco la categoría de objeto formal que recién señalé.

En esta *lectio* introductoria al Año Académico 2016 me limitaré a desarrollar brevemente algunas ideas a partir de los n° 1 y 2, que, a mi entender, dan el tono a la totalidad del documento. Me concentro particularmente en algunas frases de estos números introductorios: “Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre... Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios” (n°1), “Siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia. Misericordia: es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad. Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro” (n°2). Inspirándome en ellas, les propongo algunas ideas, por cierto abiertas a ulteriores profundizaciones. Son ideas que apuntan a la cuestión que he planteado, a saber: cómo inventar una teología misericordiosa, qué significaría hacer de la misericordia el estilo de nuestro pensamiento teológico.

3. He señalado la importancia de redescubrir la riqueza de la misericordia ante todo en su Fuente divina. Entonces, el capítulo 15 del Evangelio de San Lucas, y muy especialmente la parábola del hijo pródigo –que es uno de los pasajes privilegiados por Francisco cuando habla de la misericordia– se impone inevitablemente para llevar adelante cualquier reflexión teológica acerca de ella. Elijo como guía, entre muchos otros posibles, un texto a mi juicio muy iluminador, porque nos da un ejemplo de ese estilo de pensamiento que buscamos, el de una *teología misericordiosa*. Se trata de una homilía. Su autor, el padre Michel Corbin s.j. –destacado estudioso de san Anselmo– afirma, refiriéndose concretamente al versículo 7 (“habrá *más* alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”): “La alegría en el cielo es la alegría del Padre, y su alegría no difiere de su gloria, ya que ‘Dios es Amor’ (1 Jn 4,8). El Padre de Jesús no es como los dioses de los paga-

4. *Ibid.*, 26.

nos y de los filósofos, un dios indiferente a la actitud que tomamos ante Él. Al contrario, Él, que es la Fuente de todo bien (...), *se complace en recibir, de nuestra llegada a la luz, más gloria que si no hubiésemos errado en las tinieblas* sirviendo a los ídolos, ignorando sus designios. Y Él, que es la Felicidad misma, es *aún más feliz* cuando acogemos el perdón de su Hijo, cuando aceptamos ser los destinatarios de una gracia inmerecida. Parecería incluso que cuanto más grandes son los pecados, más grande es su amor (cf. 1 Tim 1, 12-13).<sup>5</sup> Habiendo llegado a esta paradoja –en la que resuena el eco de la “*felix culpa*” que la Iglesia canta en la Noche pascual– Corbin se anima a ir más lejos aún: “...si la ‘alegría en el cielo’ es... la alegría misma de Dios, si la alegría no es un apéndice de la naturaleza espiritual sino su gloria íntima, su irradiación, entonces la palabra de Jesús [en Lc 15,7] dice que *su Dios y Padre (...) recibe un exceso de gloria y de ser cuando volvemos a Él de todo corazón*, cuando lo consideramos nuestro único refugio (Ps 90,9) y nuestro único Pastor (Ps 22,2). Esto modifica sustancialmente cierta imagen de Dios que ha pasado de la filosofía griega a la teología clásica. La perfección de lo Divino, suele afirmarse allí, es tan plena, tan totalmente presente a sí misma, que no puede haber en Él verdadero lugar para otros, verdadero amor que los ame [a esos otros] gratuitamente, verdadero deseo que corresponda al [deseo] de otros”.<sup>6</sup>

Según Corbin esta idea de perfección, y esta imagen de Dios, tienen su origen en el pecado original, cuando el “seductor” (Ap 12,9) consiguió hacer que el Hombre y la Mujer imaginasen que Dios, el Dios más que Bueno, los odiaba, que era su Rival, y que hacía falta reaccionar a esa envidia con una envidia semejante, intentando igualarse a Él bastándose a sí mismos, sin nadie por encima de ellos, sin nadie a quien deberle algo. Los dos hijos de la parábola de Lc 15 tienen esa imagen de su padre. Todo esto lo descubrimos, continúa diciendo Corbin, gracias a Jesús, que hizo “implosionar la imagen falsa que el hombre se hace de lo Divino. Sólo Él es la verdadera Imagen (Col 1,15) de un Padre para quien nada vale tanto como compartir ‘sus bienes’ (Lc 15,12) con sus hijos, y verlos felices de ser sus hijos...”. Es lo que nos dice Francisco: “*Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre...*” (MV 1).

5. M.CORBIN, *Louange et veille IV*, Paris, Cerf, 2015, 79-80.

6. *Ibid.*82.

Lo que se pone en juego *teologalmente* en esta celebración jubilar es entonces la posibilidad que se nos ofrece de avanzar juntos hacia un redescubrimiento más pleno del rostro verdadero de Dios –*el Deus semper maior*– a través de una renovada experiencia de ser *hijos vivientes* del Padre por obra del Espíritu que brota a raudales de la Resurrección de Jesús, el Viviente, el “Primogénito de muchos hermanos” (Rm 8,31). *Eso, esa transformación pascual, es la misericordia realizada* en su expresión más acabada, divina y humana a la vez. En ese volver cada día juntos –unidos a Jesús– a la casa del Padre (cf. Lc 15,18) se cumple no sólo el destino divino de los seres humanos, elegidos desde “antes de la creación del mundo para ser santos” (Ef 1,4), *sino que también se cumple* –hay que animarse a decirlo– *el Misterio de Dios*<sup>7</sup>, ya que “habrá *más* alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lc 15,7). En el triunfo pascual de la misericordia en nuestras vidas se juega entonces –más allá de toda posible conceptualización o imaginación– la realización plena del misterio de Dios, del Dios de la Alianza, del Dios que nunca quiso ser Dios sin el hombre, del Dios que nunca quiso ser Dios sin ser hombre. Ese misterio pleno, en el que quedan indisolublemente unidas nuestras vidas y la de Dios, no lo conocemos aún en plenitud, pero sí lo podemos experimentar en nosotros mismos, sin jamás aferrarlo. Son las “arras” o primicias del Espíritu, que nos regala el Padre (Cf. 1 Cor 1, 22; 5, 5); Espíritu que “es el anticipo de la gloria” (Ef 1, 14).

Sin embargo, en medio de este deslumbrarnos de la misericordia divina, “una trampa nos acecha”, y se trata de una trampa en la que conviene detenernos. Corbin la formula así: “Si Dios nos revela lo que Él esconde de más divino y de más humano cuando ‘nos cubre de besos’ (Lc 15,20) después de la confesión de nuestras faltas (...), si Él experimenta ‘más alegría’ cuando rechazamos la imagen que nos alejaba de Él, *¿hay que concluir de esto que nuestros pecados son necesarios para el cumplimiento, para la plenitud de Su misterio*, que nuestra mala

7. En el mismo sentido, cf. CH. THEOBALD, *Paroles humaines, Parole de Dieu, Salvator*, Paris 2015, 68: “On comprend mieux alors cette formule étonnante dans le chapitre 10,7 [de l’Apocalypse]: ‘Alors il y aura l’accomplissement de Dieu’, c’est-à-dire l’accomplissement du mystère de Dieu, comme si Dieu avait encore à s’accomplir. S’il vient, il se rend aussi dépendant de ceux qui lui ouvrent la porte.

conducta condiciona su compasión?” Detrás de esta trampa, Corbin vuelve a reconocer la silueta del Adversario: “¿quién nos incita a poner juntos, para intentar explicarlos, al pecado y la misericordia?” ¿Quién sino “el enorme Dragón, la antigua Serpiente, el Diablo o Satán (Ap 12,9), que niega el don gratuito”? Cuando Jesús, al final de la parábola, afirma: “es necesario”, no lo afirma del pecado del hijo menor, sino que lo dice exclusivamente a propósito del Padre, y con relación a la alegría del regreso del menor: “*Es necesario* que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado” (Lc 15,32). Todo esto “no tiene otra razón más que sus entrañas paternas. [El Padre] no calcula...todo en Él es generosidad: hace justo al pecador sin hacer justo al pecado; nos ilumina como el sol que disipa la bruma; nos despierta como un amanecer que aleja una pesadilla; nos eleva olvidando el pasado; nos reconduce al instante puro del origen como si nada, en el intervalo, lo hubiese alterado.” Por lo tanto, si hay algo “necesario” en la parábola no es, por cierto, el pecado de los hijos como medio u ocasión para que el Padre manifieste un corazón misericordioso ni tampoco, menos aún, para que comience a ser misericordioso. Si la misericordia es “el atributo de Dios que ocupa el primer lugar en la autorrevelación de Dios en la historia de la salvación”<sup>8</sup>, podemos concluir, aplicando el axioma rahneriano de la unidad entre la Trinidad económica y la Trinidad inmanente, que *lo único verdaderamente necesario es ese corazón paterno, y que es así, misericordioso, desde toda la eternidad, desde “antes de la creación del mundo”*. Para reforzar esta idea recordemos que, según Santo Tomás, ya en la creación, y por lo tanto con independencia del pecado del hombre, está obrando la misericordia (I<sup>a</sup>, 21, 3.4). Entonces se hace patente, como nos señalaba Francisco, que “*misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad*” (M.V.2). Ser misericordioso, o mejor, ser *la* Misericordia, es ser Dios, el verdadero, el uno y trino, el Amor (1 Jn 4, 8), la Resurrección y la Esperanza.

4. Pasemos ahora a otra frase de la Bula: “*Misericordia: es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro*”, e intentemos vislumbrar un poco más el vínculo entre la Misericordia y la Resurrección. En su libro “La Misericordia en la Sagradas Escrituras”, Luis

8. W. KASPER, *La misericordia. Clave del Evangelio y de la vida cristiana*, Santander, Sal terrae, 2012, 92.

Rivas nos recuerda que los filósofos estoicos pensaron que la misericordia, por pertenecer al orden emocional, debía considerarse como una enfermedad del alma. Séneca, por ejemplo, afirmaba que “la misericordia es un vicio del alma débil que se derriba ante la presencia del mal ajeno” (*De Clementia*, II,5,1).<sup>9</sup> Muchos siglos después, Nietzsche despreció también la compasión, considerándola como una debilidad. Compadecerse de la debilidad, hacerla propia, ¿no tiene algo de una complacencia morbosa, como una complicidad con lo que rebaja al hombre? En *El Anticristo* afirma: “La religión de la compasión se llama cristianismo. La compasión está en contradicción con las emociones tónicas que elevan la energía del sentimiento vital, produce un efecto depresivo. [...] la compasión es la práctica del nihilismo. Digámoslo otra vez: este instinto depresivo y contagioso dificulta aquellos instintos que tienden a la conservación y al aumento de valor de la vida: tanto en calidad de multiplicador de la miseria, cuanto en calidad de conservador de todos los miserables es un instrumento capital para el incremento de la decadencia; la compasión nos encariña con la nada”<sup>10</sup>. Pienso que si bien la crítica de Nietzsche podría justificarse a partir de ciertas formas de expresar la compasión, hay que decir que en realidad la misericordia cristiana, que constituye una de las bienaventuranzas, es algo muy distinto de un simple enternecimiento sentimental ante el sufrimiento. Es una virtud que bien puede definirse como “odio eficaz del mal ajeno”, lo cual implica una actitud de combate, de lucha radical contra todo lo que daña la dignidad humana, buscando, por todos los medios posibles, dar vida plena a quienes sufren un menoscabo de la misma. Lejos de encariñarnos con la nada, la misericordia nos encariña con la vida, con la vida plena, nos hace luchar para liberar la vida de cada ser humano, para que cada prójimo reciba y experimente, como diría Bellet, su “nacimiento en humanidad”. En este sentido, Nietzsche, cuando proclamaba la necesidad de un sí incondicional a la vida, estaba, sin saberlo, muy cerca de la misericordia.

Puede decirse, sí, que todo comienza en el plano de la sensibilidad: la percepción de la miseria provoca en nosotros una *emoción* que nos sensibiliza ante el sufrimiento ajeno. Luego, en el plano de la afectividad espiritual, se despierta la *compasión*, que es un sentimiento más

9. L. RIVAS, *La Misericordia en las Sagradas Escrituras*, Buenos Aires, Paulinas, 2015, 10.

10. NIETZSCHE, *El Anticristo VII*, [www.elaleph.com](http://www.elaleph.com), 14.15.



profundo y que, si culmina en la acción, será un elemento esencial de la misericordia. Se trata de ese *conmoverse* que tanta importancia tiene en la revelación bíblica. Nos dice Rivas que el vocablo griego que traduce el término hebreo que designa el vientre, en el Nuevo Testamento da lugar al verbo que significa “conmoverse las entrañas” (Mt 15,32; 18,27; 20,34; Mc 1,41; 8,2; 9,22). La *Vulgata* traduce este verbo como “*misereri*: tener misericordia”, y en tres lugares del evangelio de Lucas introduce la novedad de traducir *splagjísthe* como “*miserecordia motus*: movido por la misericordia” (Lc 7,13; 10,33; 15,20).<sup>11</sup> Conmoverse en las entrañas, en el vientre, sentir con las tripas, es, en el evangelio según san Lucas, una característica de Dios, de quien se proclama, desde el comienzo del evangelio (1,78) que posee “entrañas de misericordia”. Pero la misericordia como virtud engendrada por la caridad, quiere algo más que emocionarse y sentir compasión de la miseria: quiere actuar con eficacia y aliviar todo lo posible la miseria ajena. Es lo que hace Jesús con la viuda de Naím, es lo que hace el buen samaritano, es lo que hace el padre del hijo pródigo, que son los tres pasajes recién señalados en los que aparece la novedad del “movido por la misericordia”. En los dos últimos casos Lucas describe siete acciones por parte del buen samaritano y del padre del hijo pródigo. Una exégesis de estos textos señala el posible uso por parte del evangelista del simbolismo del número siete, a saber, el de indicar la plenitud: sería una manera de decirnos que el buen samaritano y el padre hacen *todo lo que es posible hacer* en favor del malherido y del hijo menor.<sup>12</sup> La misericordia es entonces para el evangelio, la actitud divino-humana que, empezando por sentir *compasión* culmina en la *plenitud de acción* en favor del prójimo afectado por una miseria. “*Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro*”, nos decía Francisco (*M.V. 2*).

Esta plenitud de acción que caracteriza a la misericordia divina es esencial para Santo Tomás, que aborda su estudio en la q.30 de la IIa-IIae de la Suma Teológica. Me detengo solamente en el artículo 4,

11. RIVAS, o.c., 10.11.

12. En el mismo sentido, J-N.ALETTI, *L'art de raconter Jésus Christ*, Paris, Éditions du Seuil, 1989, 209: “C'est en méditant obstinément cette parabole [Lc 15] qu'on peut entrer dans la paradoxale logique du “il faut/il fallait” (...) en Jésus, Dieu ne pouvait aller plus loin: il a accompli tout ce qu'il lui fallait accomplir pour que nos yeux se dessillent et que nous entrions dans la louange.” (El resaltado es nuestro).

donde se pregunta si la misericordia es la más grande de las virtudes. Desde el punto de vista de una consideración de la grandeza “en sí misma” (“*secundum se*”), es decir, preguntándose cuál de las virtudes, en cuanto a su noción, enuncia la excelencia más alta, el Aquinate no tiene dudas: el primer lugar le corresponde a la misericordia. Porque, según santo Tomás, lo que expresa en absoluto la idea de misericordia es que, para ser perfectamente realizada, reclama *el acto puro*. En efecto, para santo Tomás no habrá nadie más misericordioso que Aquel que es el Acto puro de *ser* y que es, a la vez, el Acto infinito de *amor*, puesto que “Dios *es amor*”, amor que se desborda como misericordia. Así la fe lo lleva a trascender el horizonte de la filosofía griega: el Omnipotente es el Misericordioso. Es propio de Dios hacer misericordia, y en ella manifiesta su omnipotencia, omnipotencia no de dominio sino *de donación hasta el extremo*, gracias a la cual la misericordia divina *quiere y puede* encarar toda miseria. Por eso, *estar en condición de hacer toda misericordia posible, eso es ser Dios*. En *Evangelii Gaudium* n.37, Francisco se refiere a esta cuestión, citando allí el texto de la Suma Teológica: “En sí misma la misericordia es la más grande de las virtudes, ya que a ella pertenece volcarse en otros y, más aún, socorrer sus deficiencias. Esto es peculiar del superior, y por eso se tiene como propio de Dios tener misericordia, en la cual resplandece su omnipotencia de modo máximo”. En la oración colecta del domingo XXVI rezamos: “Oh Dios, que manifiestas especialmente tu omnipotencia en el perdón y la misericordia...”, haciéndonos eco del hermoso texto de la Sabiduría: “Tú te compadeces de todos, porque todo lo puedes...” (Sab 11, 23).

Llegados a este punto podemos preguntarnos: ¿cuál es nuestra miseria radical, sino la muerte, fruto del pecado? ¿Y cuál será entonces la Misericordia radical, suprema, esa que sólo Dios puede actuar, sino *nuestra resurrección* de entre los muertos? ¿No es eso acaso lo que nos enseñan los tres pasajes del evangelio de Lucas, en los que se habla de “*misericordia motus*: movido por la misericordia”: la resurrección del hijo de la viuda de Naím, la curación del malherido, la fiesta que prepara el padre desbordante de gozo: “es necesario que haya fiesta y alegría, porque tu hermano *estaba muerto y ha vuelto a la vida...*”? ¿Cómo resuenan entonces de manera intensa tantas frases del Antiguo Testamento, comenzando por el Génesis, siguiendo por el Deuterono-

mio y los profetas, en las que Dios ofrece incansablemente la posibilidad de la Vida y advierte al hombre acerca del riesgo de elegir la muerte! ¡Y cómo se intensifica todo eso en el Evangelio! “Yo he venido para que tengan Vida, y la tengan en abundancia”, “Yo soy la resurrección y la Vida, el que crea en mí, aunque muera, vivirá”... La Vida plena, la Vida eterna, la Vida resucitada es el cumplimiento del misericordioso designio divino, cumplimiento en doble sentido, como ya he señalado: cumplimiento para nosotros, que alcanzamos “el Reino que nos fue preparado desde el comienzo del mundo” (cf. Mt 25,34); cumplimiento también para Dios, que recibe de nuestro paso de la muerte a la vida un verdadero *plus* de alegría: “habrá más alegría en el cielo...”. *La misericordia nos enseña a descubrir, deslumbrados, que nuestra resurrección es inseparable de la divinidad de un Dios que es Padre engendrando a su Primogénito, y en él, por obra del Espíritu, a “una enorme muchedumbre, imposible de contar”*(Ap 7,9) *de hijos vivientes*. Pasemos así al último momento de nuestra reflexión: “Sean misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso” (Lc 6, 36).

5. En cuanto redescubrimos, por poco que sea, la riqueza desbordante de la misericordia contemplando su Fuente divina, entendemos mejor el motivo último de la importancia que esta actitud tiene para Francisco, quien no hace más que poner de manifiesto la centralidad que ella tiene en la Revelación que Dios hace de Sí mismo. Pero *al hacer esto, todo cambia*. A juicio de varios estudiosos del papado de Francisco, hay un rasgo que sobresale, a saber, lo que ellos denominan “*desplazamiento*”. Esta noción de desplazamiento puede caracterizar, de manera general, la novedad que Francisco ha obrado, y sigue obrando, la de un profundo desplazamiento dentro de la Iglesia: desplazamiento de acento, desplazamiento en el orden de los elementos constitutivos de la vida cristiana, desplazamiento de sentido, desplazamiento en función de orientar todo hacia el corazón del evangelio, y por lo tanto, hacia lo que debe ser el corazón de la vida de la Iglesia, a saber, la misericordia. Nos seguimos preguntando entonces *qué significaría hacer de la misericordia el estilo de nuestro pensamiento teológico*. A la luz de lo que acabo de decir la pregunta podría reformularse así: ¿qué desplazamientos debemos actuar en la Facultad para hacer una teología misericordiosa? Habiendo contemplado la misericordia en su Fuente misma, queremos ahora al menos vislumbrar esa unión

vital, vivida, entre misericordia y saber teológico. Sólo me animo a nombrar, sin desarrollarlos, los pasos que, a mi juicio, nos pueden orientar hacia ese objetivo, a través de un cuádruple *desplazamiento* que involucre toda nuestra existencia.

a. En primer lugar, el desplazamiento que implicaría deslumbrarnos *siempre más* de la misericordia, maravillarnos *siempre más* de la Fuente de la misericordia a través de la contemplación del Misterio que nos excede por todas partes, *pero del que formamos parte cada vez que damos un paso hacia la casa del Padre*, como hemos dicho. Tal vez ayudados por Rembrandt o Roublev, sumergirnos en el capítulo 15 del evangelio de San Lucas, vivir “dentro” de la parábola de los dos hijos y descubrirnos gozosamente, en la mirada del padre, como destinatarios de su divina ternura y también, como causa de un *plus* de alegría en el corazón paterno. Ser capaces de disfrutar todo esto.

b. El segundo desplazamiento es también decisivo. Consiste en *salir* de nuestro pequeño *ego* como centro del mundo y abrir grandes los ojos del corazón al abismo del mal, como hizo el buen samaritano, para preguntarnos si ese mal nos espanta, y qué grado de compasión sentimos ante la humanidad sufriente, ante las mil maneras en que la miseria afecta a nuestros prójimos. Abarcar en esa mirada tanto los sufrimientos de la humanidad actual como los del prójimo, tal vez anónimo, que cruza o cruzará mi existencia hoy, en un encuentro particular y único, irrepetible.

c. En tercer lugar, pedir en nuestra oración a ese Dios-Misericordia que lo dejemos actuar con libertad en nosotros, para que nos libere de toda dureza de corazón y nos transforme de raíz, como pide la oración de santa Faustina Kowalska, que cito de manera abreviada: “*Deseo transformarme en tu misericordia y ser un vivo reflejo de Ti, ¡Oh, Señor! Que este más grande atributo divino, es decir, tu insondable misericordia, pase a través de mi corazón y mi alma al prójimo. Ayúdame Señor, a que mis ojos sean misericordiosos... Ayúdame Señor, a que mis oídos sean misericordiosos... Ayúdame Señor, a que mi lengua sea misericordiosa... Ayúdame Señor, a que mis manos sean misericordiosas... Ayúdame Señor, a que mis pies sean misericordiosos... Ayúdame Señor, a que mi corazón sea misericordioso... Que tu misericordia, oh Señor, repose dentro de mí. Señor mío, transfórmame en Ti, porque*

*Tú lo puedes todo*” (Diario 163). Y agreguemos, retomando nuestra cuestión: “*ayúdanos, Señor, a que nuestra teología sea misericordiosa...*” Es decir, ayúdanos a que nuestra teología esté siempre cerca, afectivamente, de los sufrimientos, los gozos y los anhelos de la humanidad de hoy, y más cerca aún de la efectiva y eficaz sobreabundancia de la Buena Nueva de la Misericordia y la Resurrección. Que ella se nutra, como de su alimento más precioso, de esa misericordia que es entrañable compasión e invencible esperanza. *De esa manera, la teología misericordiosa podrá ofrecer una palabra “resucitadora”, que surja de una convicción absoluta, a saber, la de no considerar jamás a algo o a alguien como definitivamente perdido...*<sup>13</sup>

d. Último desplazamiento. Cuando reflexionaba en todo esto, un encuentro con Eduardo Briancesco me ofreció, inesperadamente, una idea que me pareció muy apropiada. Me comentó el interés que había suscitado en él una frase dicha por Daniel Barenboim acerca de Pierre Boulez, compositor y director de orquesta francés que falleció en el mes de enero. La frase de Barenboim era la siguiente: “Boulez había alcanzado una paradoja ideal: *sentía con la cabeza y pensaba con el corazón.*”<sup>14</sup> Me pareció ver allí una fórmula que decía algo esencial de lo que estaba buscando. Y me dije que tal vez, para hacer de la misericordia el estilo paradójico de nuestro pensamiento teológico, deberíamos aprender juntos a sentir con la cabeza y pensar con el corazón, para que entonces esa teología misericordiosa anime vigorosamente nuestros ojos, nuestros oídos, nuestra lengua, nuestras manos, nuestros pies...

Para concluir, pido a la Divina Misericordia que todos podamos, a lo largo de este año, seguir el consejo de Francisco: “En este Jubileo, dejémonos sorprender por Dios” (*M.V.* 25). Muchas gracias.

FERNANDO ORTEGA  
Enero-febrero 2016

13. Cf. A.SPADARO, *La diplomazia di Francesco. La misericordia come proceso político, La Civiltà Cattolica* 3975 (2016) 212.

14. D. BARENBOIM, “Será siempre un hombre del futuro”, en *La Nación*, 7 de enero 2016.